

El papel del intelectual cubano en la diáspora

El papel del intelectual cubano en la diáspora

Por UVA DE ARAGÓN

En la antigüedad, el destierro se imponía como un castigo. No es de extrañar, pues vivir forzosamente fuera de la Patria equivale a una sentencia de muerte espiritual. Lejos de cuanto conoce y ama, el exiliado se aferra a los recuerdos y al sueño del regreso. Por eso, porque mira hacia atrás y no hacia delante, su psiquis es tan distinta a la del inmigrante. El desterrado vive muchas veces a destiempo, pues a menudo, incluso en esta era de la revolución de las comunicaciones, su visión del país se congela en el momento que se fue, como si deseara detener relojes y calendarios para regresar, siquiera a través de la memoria, y encontrar intacta esa ciudad, ese barrio, esa casa que tanto añora.

A menudo he expresado que si pudiera tener un solo deseo para mi país, sería que nunca más un cubano tuviera que vivir exiliado. No es destino que deseo para ninguno de mis compatriotas. Eso, además, significaría que habríamos aprendido a convivir, a construir por fin esa Cuba "para todos y por el bien de todos" que al igual que Martí, hemos soñando tantos cubanos.

El exilio es doblemente difícil para el intelectual, a quien le resulta casi imposible recrear el escenario y la cultura que alimentaba su vocación de servicio e ímpetu creador. Sin embargo, tiene un papel clave en la diáspora. Su primera obligación, a mi modo de ver, es con su obra. Ya escriba una novela o un poema, componga una sinfonía, trace un dibujo o se distinga en cualquier rama de las artes, su obra enriquece nuestro patrimonio nacional. Cuando sane nuestro vicio de excluirnos, quedará la narrativa de los Cabrera Infante y los versos de los Gastón Baquero, las composiciones de los Julián Orbón y los Aurelio de la Vega, los lienzos de los José María Mijares y los Tomás Sánchez. No importa dónde resida un cubano, su obra enriquece al país. De igual forma, donde quiera que haya un buen cubano, se hace Patria.

Martí solía decir que hasta el arte debería ir al fuego cuando no hubiera libertad. Pienso que el Apóstol se refería a la libertad incluso en relación con nuestros propios odios y prejuicios. Aún así, he meditado muchas veces sobre esta frase. No creo que Martí estuviera abogando por el arte comprometido, que puede parecerse tanto a la burda propaganda. Él supo acercarse a su pequeño hijo para regalarle en sus versos un caudal de ternuras. Supo cantarle a la joven que murió de amor, y

a la niña sensible que cedió sus zapatos de rosa a la que nació pobre. Quizás el fuego en que quería ver arder el arte aquel exiliado del siglo XIX era el de la integridad y la ética, elementos inseparables de su vida y su obra.

El intelectual, pues, no sólo debe dar lo mejor de sí mismo a su obra, sino que su vida debe ser ejemplo decoroso; su ejecutoria, transparente; su moral, libre de contradicciones. Como Gramsci, pienso que los intelectuales modernos no son simplemente escritores, sino directores y organizadores involucrados en las tareas prácticas de construir la sociedad. En la actualidad, no hay ya por qué vivir a destiempo. Puede y debe estarse al tanto de las cosas de Cuba y del mundo, participar vivamente en los debates del día, opinar, orientar y hasta criticar, pero siempre con un espíritu de redención. El único poder que tenemos los hombres y mujeres de letras en la diáspora es la honestidad intelectual. El relativismo moral no debe empañarla.

Hay que hacer en cada momento lo que en ese momento convenga. En ocasiones, se impone la denuncia. En otras, tender puentes. El respeto a todas las posiciones, incluso la de los adversarios, es primordial. Creo que es momento para el diálogo, el intercambio, la comprensión, e incluso, el perdón y la reconciliación.

Hay que pegar el hombro con los de la isla y ayudar con desprendimiento para que los cubanos continúen insertándose en la modernidad. Colaboraremos todos en lo que esté a nuestro alcance a que no se pierda el patrimonio nacional regado por los cuatro puntos cardinales. La inteligencia cubana en la diáspora tiene un papel complejo, multifacético y de suprema exigencia que cumplir. Debemos, en primer término, servir de eco a las inquietudes y las voces de los compatriotas en la isla, pero contribuir asimismo con aportes propios, tanto en el orden de la obra creativa, como en la forja de un proyecto nacional futuro. Siempre, siempre con espíritu abierto y humildad. Sólo dando sin reclamo alguno, podremos contribuir, siquiera modestamente, a una Cuba mejor.

